La Misión Electoral de (Norte)América en Nicaragua 1927-28

Sergio

Traducción del inglés al español por
@tomodachi1977
@Netzahuatl1
@kenaviba

La Misión Electoral (Norte)americana en Nicaragua, 1927-28

ANDREW J. BACEVICH, JR.[1]

A lo largo de la mayor parte de este siglo la turbulencia crónica de la cuenca del Caribe, aunada a su importancia estratégica y económica, han llevado a Estados Unidos a plantear amplios reclamos de hegemonía sobre la región. Mientras los métodos empleados para mantener el predominio de EEUU y la retórica usada para justificarlo han variado, los resultados se han mantenido uniformes. Para establecer un orden acorde con sus propios intereses, los EEUU, repetidamente, ha intervenido en los asuntos internos de aquellos estados propensos a la inestabilidad política y financiera. Dado el tamaño del “Coloso del Norte”, su intervención en el caribe ha resultado en masivas dislocaciones internas para los países involucrados y ha distorsionado sus procesos de desarrollo nacional. Sin embargo, a pesar de la magnitud del poder de EEUU, el caribe raras veces ha sido el plácido lago que sucesivas administraciones en Washington han tratado de crear. Irónicamente, la hegemonía estadounidense a menudo ha servido como catalizador de una mayor inestabilidad. Para políticos descontentos, la cercana presencia estadounidense, prácticamente en cualquier diálogo político caribeño, ha ofrecido una tentación frecuentemente irresistible de reparar sus agravios enfrentando a los Estados Unidos contra sus oponentes internos.[2]

En ningún lugar, este ciclo de disturbios caribeños e intervención, ha sido tan evidente como en las relaciones de Estados Unidos con Nicaragua. Y pocas veces el hábito de intervenir en ese país ha producido un problema más ilustrativo de los propósitos y limitaciones de la política estadounidense que el que Estados Unidos enfrentó allí en 1928.

Las acciones militares en Nicaragua comenzaron en 1912 cuando marinos de Estados Unidos desembarcaron en medio de una guerra civil para restaurar el orden y proteger las vidas y propiedades de los norteamericanos. Aunque no se quería que la ocupación fuera por mucho tiempo, una guarnición de soldados norteamericanos permaneció en el país por más de una década, apuntalando al régimen, cada vez más impopular, que había invitado a Estados Unidos a intervenir. Una vez que se hicieron evidentes los efectos nocivos de esta extensa presencia militar —en particular su impacto corrosivo en las relaciones con el resto de América Latina— el gobierno estadounidense se comprometió a terminar la ocupación tan pronto como fuera posible. Cuando Calvin Coolidge ordenó el retiro de las últimas tropas en agosto de 1925, los norteamericanos pensaron

que sus aventuras militares en Centro América habían finalizado definitivamente. Pero tales esperanzas se vieron defraudadas.[3]

La estabilidad momentánea que permitió el retiro de las tropas colapsó casi de inmediato; la guerra civil estalló antes de un mes. Para marzo de 1926 el presidente de Nicaragua había renunciado, el vicepresidente había escapado del país y Emiliano Chamorro, el inescrupuloso (pero carismático) jefe del Partido Conservador se había instalado como jefe ejecutivo. El Departamento de Estado, argumentando la inconstitucionalidad de la toma del poder por Chamorro, le negó el reconocimiento diplomático, declarando así, efectivamente, abierta la temporada de caza contra el nuevo régimen. El orden interno —brevemente restablecido por el hombre fuerte conservador— nuevamente se desintegró. Aunque Chamorro luchó por meses tratando de consolidar su posición, en octubre de 1926 —en bancarrota, acosado por una insurgencia del Partido Liberal y frustrado por el no reconocimiento de Estados Unidos— renunció a la presidencia. Enfrentado con el problema de designar un sucesor, el Departamento de Estado apoyó a Adolfo Díaz, un conservador dócil, ex presidente de Nicaragua que había acogido con satisfacción la intervención inicial de 1912. Cuando un cabildeo vigoroso en el Congreso de Nicaragua aseguró su elección el Día del Armisticio (11 de noviembre) de 1926, el reconocimiento norteamericano se produjo inmediatamente a continuación.

Desafortunadamente el exitoso despido de Chamorro no finalizó el episodio. Los liberales no estaban más felices con el nuevo presidente promovido por Estados Unidos de lo que lo estuvieron con su predecesor y continuaron sin pausa su “revolución”. A medida que la posición de Díaz se deterioraba progresivamente ante la presión liberal, el compromiso norteamericano con su supervivencia escaló rápidamente. Buscando evitar el colapso total del gobierno de Díaz, en vísperas de la Navidad de 1926 los marinos de EE.UU. comenzaron a volver a Nicaragua en una escala sin precedentes; para febrero de 1927 el total de personal militar norteamericano estacionado en o en ruta hacia Nicaragua se había inflado hasta casi cinco mil quinientos soldados.[4]

A primera vista, esta segunda intervención, que seguía de cerca a la tan esperada retirada del año anterior, parecía inexplicable. Sin embargo, algo más que la mera lealtad a Díaz había causado el súbito retorno de los soldados norteamericanos. Otros sucesos hemisféricos —específicamente el curso errático de la Revolución Mexicana— habían alterado la percepción del departamento de Estado sobre los problemas reales que se estaban disputando en la guerra civil nicaragüense y sobre los verdaderos contendientes.

Para 1926 las relaciones de EEUU con México habían caído en otro de sus bajones periódicos; la ostensible manzana de la discordia era la determinación del presidente Plutarco Calles de reclamar las propiedades petroleras mexicanas controladas por inversionistas estadounidenses. Pero la preocupación estadounidense se extendía mucho más allá de la mera protección de las propiedades de unos pocos barones petroleros yanquis. El nacionalismo mexicano amenazaba potencialmente la hegemonía política de los Estados Unidos, la aceptación de las reglas básicas de la economía fijadas por Estados Unidos y la universalidad del modelo estadounidense de desarrollo nacional.[5]

Para el Departamento de Estado, el radicalismo mexicano acechaba detrás del levantamiento en Nicaragua. En diciembre de 1926, de forma audaz, México había reconocido el "gobierno" del ex-vicepresidente Juan B. Sacasa, el principal aspirante liberal a la presidencia de Nicaragua. Pronto se produjeron acusaciones de que Calles también estaba proporcionando, de forma encubierta, armas y municiones a los insurgentes. Para los funcionarios de la administración Coolidge, este supuesto apoyo a la revolución en Nicaragua presentaba "un reto directo a los Estados Unidos." Las acciones de México, argumentaban, habían transformado a Nicaragua en un crítico "caso de prueba" del prestigio y la influencia de Estados Unidos en todo el Caribe y, por lo tanto, requería una respuesta estadounidense enérgica y decidida.[6]

Sin embargo, la consideración de que la mera presencia de tropas norteamericanas contendría esta supuesta propagación del radicalismo era incorrecta. La resistencia liberal no dio muestras de marchitarse con el simple retorno de los marines. El intento de Coolidge de prevenir una ampliación del papel militar estadounidense mediante el envío de Henry L. Stimson a Managua en mayo de 1927, para lograr un acuerdo negociado, fue exitoso sólo parcialmente. Mientras bajo el acuerdo de Tipitapa el comandante liberal, General José María Moncada, accedió al desarme a cambio del compromiso de Estados Unidos de supervisar las elecciones nicaragüenses de 1928, muchos insurgentes rechazaron de entrada cualquier acuerdo firmado por los Yankees.[7] Un grupo decidido juró continuar la lucha y se unió al liderazgo de un general liberal hasta entonces desconocido, Augusto C. Sandino. En cuestión de pocas semanas las zonas rurales de Nicaragua y los funcionarios de Estados Unidos estaban de nuevo en crisis. Como el embajador estadounidense en Nicaragua reportó al Departamento de Estado, Sandino "predicó el comunismo, amor fraterno y colaboración con México al igual que muerte a los norteamericanos hasta que la chusma de todo el norte del país se unió

a su plan de masacrar a los norteamericanos allí y establecer su propio gobierno."[8]

Abandonando cualquier pretensión de neutralidad, la Infantería de Marina lanzó una persecución a gran escala de los rebeldes restantes. Aunque mal equipados y superados en número los sandinistas demostraron ser extremadamente esquivos. Con un tipo de lucha guerrillera clásica aprovecharon su conocimiento del escabroso terreno local y la simpatía frecuente de la población nicaragüense. Una inteligencia inexacta, una red de caminos apenas existente y la dependencia de un tren logístico incómodo conspiraban para obstaculizar la efectividad de las acciones de los marines. Sandino, astutamente, alentaba a los marines a empeñarse en expediciones extenuantes e inútiles al interior montañoso, y luego acosaba a sus agotados adversarios con emboscadas e incursiones. En julio de 1927, el espectacular sitio de una aislada guarnición de marines en el poblado de El Ocotal convenció a muchos de que la lucha armada en Nicaragua estaba en un frustrante punto muerto.[9]

El apoyo dentro de Estados Unidos a la política norteamericana, nunca fuerte, se evaporó cuando los militares fallaron en el cumplimiento de sus optimistas predicciones. Para mediados de 1927 la crítica contra la administración —la mayor parte de ella proveniente del partido mismo del presidente— se había intensificado.[10] En privado la administración estaba tan infeliz como sus detractores con su situación en Nicaragua. Hacia finales del 1927 aún los más entusiastas promotores de la intervención reconocían esta política por lo que era: una pifia de primer orden. Asustados por el fantasma del radicalismo mexicano, los Estados Unidos se habían tirado de cabeza en una pantanosa guerra de guerrillas que ahora amenazaba durar meses, incluso años. Los intentos diplomáticos de desenredar la situación no sólo habían fracasado en resolver el problema militar, sino que habían profundizado el involucramiento de Estados Unidos al prometer que supervisarían las elecciones nicaragüenses de 1928. La subsiguiente campaña de los marines para destruir a los sandinistas había sido un fracaso humillante. En EE.UU., los esfuerzos para promover el apoyo del público habían fracasado por completo. En este momento el daño político causado por el desastre en Nicaragua había contribuido a convencer a Coolidge de retirarse de la política.[11] En el exterior, la intervención había dañado las relaciones diplomáticas de EE.UU. a lo largo de América latina y en buena parte de Europa. Viendo "la brecha entre lo que predican y la práctica de los marines", algunos europeos incluso habían comenzado a cuestionar la seriedad del llamado de Kellogg a un tratado mundial para prohibir la guerra.[12]

Así, una terminación temprana de la presencia estadounidense se

había convertido en un asunto de importancia vital. La administración disentía con sus críticos sólo en la manera en que el retiro debía ser realizado. Independientemente del desastre del año anterior, cualquier retirada debe alcanzar los propósitos norteamericanos iniciales, restaurando así la credibilidad del poder de EE.UU. en el Caribe. Ni el partido republicano ni los Estados Unidos podían sufrir siquiera la sugerencia de una humillación o fracaso.

La culminación exitosa de tan delicada operación dependía, primero que todo, de seleccionar la persona correcta para implementarla. Para encabezar la misión norteamericana, el presidente Coolidge seleccionó al Brigadier General Frank Ross McCoy, un oficial del ejército con amplia experiencia en asuntos político-militares. Un soldado, según el *New York Times*, "tan a gusto en una sala de la embajada como en el patio de armas," McCoy había disfrutado una carrera militar extraordinariamente diversa.[13] Como un oficial subalterno, luego de la guerra España-EE.UU., había participado en los gobiernos militares de EE.UU. en Cuba y Filipinas. Luego de fungir como agregado militar en Ciudad México y ser movilizado en tiempo de guerra a Francia, McCoy había servido, sucesivamente, como jefe de estado mayor en la misión norteamericana post-armisticio en Armenia y la Misión Wood-Forbes de 1921, en Manila, como una figura importante en el denominado "gabinete de caballería" del gobernador General Leonard Wood. A pesar de su próxima partida hacia Nicaragua, muchos consideraban a McCoy como el candidato lógico para suceder a Wood en las Filipinas, luego de la muerte de aquél en agosto de 1927.[14]

El 26 de junio de 1927, Kellogg le entregó a McCoy su nombramiento como representante personal del presidente con el rango de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. Formalmente, su misión era simplemente "llevar a la práctica la promesa" hecha por Stimson un mes antes de supervisar las elecciones presidenciales nicaragüenses de 1928, facilitando así el retiro de las fuerzas militares de EE.UU. Tal retiro de tropas requería que McCoy primero restaurara la harmonía interna, redujera el nivel de corrupción política y administrara una elección con tal corrección de procedimientos que ganara el apoyo de los nicaragüenses de todas las facciones políticas. Además, McCoy asesoraría al gobierno norteamericano en todos los asuntos relacionados con Nicaragua y "haría todo lo posible para asistir al gobierno de Nicaragua en asuntos electorales y militares."[15]

El compromiso de la administración con esta versión pública de los propósitos de la misión no era insincero. Una evidencia creíble de la imparcialidad estadounidense devolvería algo de brillo a la empañada imagen de Estados Unidos como patrocinador de la democracia en América Latina y, al apaciguar a los críticos internos, podría evitar

que Nicaragua fuera una fuente de mayor angustia para el partido republicano.

Sin embargo, más allá de organizar una salida elegante de las fuerzas de ocupación de EE.UU., el Departamento de Estado veía también la misión como un vehículo para lograr una meta más sustantiva, a saber, mantener la hegemonía regional estadounidense. Aquí, el éxito dependía de diferentes requerimientos: la liquidación de Sandino, un símbolo y modelo potencial para otros movimientos anti Estados Unidos en la región; instalación de un régimen pro Estados Unidos; y la creación de instrumentos de poder capaces de sostener ese régimen luego de la partida de Estados Unidos.

El 10 de agosto, luego de un mes de preparativos para su misión, McCoy salió de Nueva York en un viaje inicial de inspección, acompañado de Dana G. Munro, recientemente nombrado primer secretario de la legación en Managua. McCoy arribó a Managua el 27 de agosto y pasó la mayor parte del siguiente mes investigando las condiciones locales. A sus ojos, Nicaragua recordaba "Santiago de Cuba en '98 y '99." Aunque, francamente, era un país "muy atrasado", tenía "grandes posibilidades si pudiéramos ayudar por algún tiempo." Privada de la ayuda norteamericana, predijo McCoy, Nicaragua "avanzaría como un cangrejo." Con las zonas rurales en anarquía como resultado de los ataques continuos de "Sandino y otras bandas de forajidos de vieja data" y "el extendido partidismo político violento" entre la gente, la restauración del orden y la prevención de nuevos brotes de violencia política demandaría una mano firme y resuelta. En un reporte provisional , McCoy sugirió a Kellogg diferir los planes de reducir el tamaño de la guarnición de marines y urgió a que los Estados Unidos reforzara el embrión de la fuerza de policía nacional de Nicaragua —La Guardia Nacional— con oficiales estadounidenses adicionales y más ayuda financiera.[16]
Al retornar a Washington en Octubre para hacer el reporte formal de sus hallazgos, McCoy comenzó a seleccionar su personal, escogiendo mayormente viejos conocidos del ejército, más "algunos civiles para disminuir la apariencia militarista del asunto."[17] Al mismo tiempo trazó la estrategia general de la misión. Para garantizar una campaña ordenada con un resultado aceptable, McCoy necesitaría un control absoluto de la maquinaria electoral nicaragüense. Armado con tal autoridad podría bloquear la candidatura de cualquier nicaragüense inaceptable para Estados Unidos y desacreditar a aquellos elementos políticos inclinados a cuestionar la legitimidad de las elecciones. Además, garantías estadounidenses convincentes de que la elección estaría libre de corrupción, posiblemente persuadiría al bando perdedor de aceptar el resultado de lo que presumiblemente había

sido una pelea justa. Conscientes de esos requisitos. McCoy y el Dr. Harold W. Dodds, politólogo y principal asesor técnico de la misión, de inmediato se pusieron a redactar una ley electoral que definía las responsabilidades y prerrogativas de la misión electoral. Esta ley, según Kellogg, era una condición indispensable del esfuerzo estadounidense. Creó, como dijo el New York Times, una "dictadura estadounidense sobre las próximas elecciones", dando a McCoy, como presidente de la Junta Nacional Electoral "una autoridad virtualmente ilimitada."[18]

Sin embargo, acontecimientos en Managua durante la ausencia de McCoy amenazaron el éxito de la misión virtualmente antes de que comenzara. Tan pronto como los Estados Unidos anunciaron su compromiso de supervisar las elecciones, Emiliano Chamorro comenzó a pedir al Departamento de Estado le permitiera postularse a la presidencia. Su solicitud tuvo pocas simpatías. Debido a la "sistemática opresión" de Chamorro sobre sus enemigos políticos en el pasado, el partido liberal jamás lo aceptaría como presidente. Dado que "su elección en 1928 sería un desastre", que con toda seguridad reanimaría la guerra civil, el Departamento de Estado se opuso de manera incondicional a su candidatura.[19] Aunque se le informó a finales de octubre este veredicto Chamorro rehusó aceptarlo. Esperando forzar un cambio en la actitud norteamericana hacia él, movilizó su influencia dentro del partido conservador en el congreso nicaragüense para detener la aprobación de la ley electoral diseñada por los norteamericanos, denominada *La Ley McCoy*. Simultáneamente comenzó a socavar la posición de Díaz criticando la sumisión del presidente a las demandas de los Estados Unidos. Privada de *La Ley McCoy* y de la cooperación del presidente en ejercicio, la misión de McCoy se vería seriamente comprometida.

Para mediados de enero de 1928, mientras McCoy zarpaba nuevamente de Nueva York, las intrigas de Chamorro culminaban en una crisis completa. La Ley McCoy había pasado en el Senado nicaragüense, pero parecía irrecuperablemente varada en la Cámara de Diputados. Incómodamente situado entre los insistentes ataques de Chamorro y la presión de la Legación Norteamericana, Díaz anunció sus intenciones de renunciar. Las nuevas llegaron a McCoy durante su escala en Panamá y de inmediato instruyó a Munro, por cable, que hiciera lo que fuera necesario para "prevenir o retardar la renuncia del presidente."[20] A continuación McCoy abandonó su propio itinerario y se apoderó del transporte más rápido disponible, un barco de municiones de la Armada de los Estados Unidos, para acelerar su regreso a Nicaragua.

McCoy llegó a Managua el 22 de enero y se lanzó a una serie de

conferencias con Díaz, Moncada y Chamorro. Munro, por el momento al menos, había apaciguado las quejas del presidente. Expresando su "absoluta confianza" en Díaz, McCoy reforzó el vacilante compromiso del presidente de permanecer en el cargo. Los esfuerzos para persuadir a Chamorro de apoyar *La Ley McCoy* fueron menos exitosos. Chamorro permaneció firme en su oposición a la ley electoral norteamericana, argumentando que era inconstitucional ceder el control de los asuntos internos de Nicaragua a un extranjero. La pose del nicaragüense como "apóstol de la Constitución" le parecía a McCoy ridícula. La motivación real tras la estratagema del ex dictador era una desnuda ambición personal. Cualquiera que fuera su propósito, tal obstruccionismo irritaba a McCoy. "Mis planes cuidadosamente trazados están a la deriva", refunfuñaba en privado. Sin embargo, por muy remotas que parecieran las perspectivas de obtener concesiones de parte de Chamorro, McCoy rehusaba siquiera considerar rendirse a sus demandas.[21]

El obstáculo que enfrentaba McCoy a lo inmediato era la finalización del período legislativo, programada para el 13 de marzo de 1928. Si para esa fecha fallaba en obtener una acción favorable del Congreso se harían necesarias medidas más drásticas para promulgar *La Ley McCoy*. Lamentablemente la posibilidad de que el control de Chamorro sobre la legislatura se debilitara era mínima "a menos que se pueda ejercer presión sobre los diputados opuestos a la ley." Las esperanzas de McCoy de que Díaz pudiera atraer a sus colegas del partido conservador se vieron rápidamente defraudadas. Aunque Díaz se mostraba de nuevo "aparentemente cooperativo", McCoy le escribía a Kellogg que la actitud real del presidente era "dudosa." Ciertamente Díaz no parecía esforzarse para acabar con el estancamiento en el congreso.[22]

A medida que el fin del período legislativo se acercaba, McCoy comenzó, personalmente, a torcer el brazo a diputados conservadores recalcitrantes. La forma en que lo hizo, sin embargo, sugería que ya había aceptado la idea de proceder sin el consentimiento del congreso. Reunido con grupos de diputados chamorristas el 12 de marzo, McCoy exigió "un voto sí o no" sobre la medida. Pero "se proclame o no la ley," les advirtió, los Estados Unidos no tenían la menor intención de renegar de su compromiso de supervisar la elección.[23]

La realidad era que Chamorro había sobrestimado seriamente la importancia que los norteamericanos daban a que *La Ley McCoy* fuera promulgada por los legisladores nicaragüenses. Aunque el endorso del congreso al esquema electoral añadiría un barniz de legitimidad a la misión electoral, tales sutilezas legales no eran esenciales para el triunfo de la misma. Por sobre todo, el Departamento de Estado y

McCoy como su principal operativo, compartían la determinación de adherirse al plan norteamericano original —sin Chamorro con seguridad, y sin el congreso nicaragüense si fuera necesario. Ya a mediados de febrero, Munro estaba insistiendo en que los Estados Unidos informara al congreso de Nicaragua "de manera firme y específica que vamos a proceder, con o sin la ley." El Departamento de Estado coincidía, declarando que los Estados Unidos no permitirían que se desafiara su voluntad "por parte de ningún hombre o grupo de hombres en Nicaragua que jugaran a la política partidaria por motivos meramente egoístas." Si el congreso fallaba en actuar, McCoy podría persuadir a Díaz "de prácticamente arrogarse poderes dictatoriales" e implementar La Ley McCoy por decreto ejecutivo. Si eso fracasara, "la única vía que quedaba sería que Estados Unidos tomara el asunto en sus propias manos y diera al General McCoy poder absoluto."[24]

El 13 de marzo McCoy tuvo su votación. Los diputados rechazaron decisivamente la ley electoral estadounidense y dieron por cerrado el período legislativo poco después. Al mismo tiempo que entusiasmados chamorristas se congregaron en la catedral de Managua "y tocaron las campanas, doblando en honor de la muerte de la Ley de McCoy," el mismo McCoy comenzó a empujar a Díaz para que promulgara la ley por decreto. Mientras McCoy admitía que "la legalidad de tal decreto... podría ser cuestionada," al mismo tiempo sostenía que su "estatus estrictamente legal" era "claramente de secundaria importancia."

Después de todo, la Constitución nicaragüense, que representaba "declaraciones abstractas de teoría política más que guías prácticas y efectivas para la acción gubernamental," era difícilmente sacrosanta. Y aunque los decretos ejecutivos no estaban "de acuerdo con la costumbre anglo-americana", por mucho tiempo habían sido "característica común" de la política latinoamericana. Mas al grano, La Ley McCoy era crítica para el éxito de la misión electoral y la promulgación por orden presidencial era preferible al único "camino práctico" alternativo, es decir, que McCoy promulgara la ley por su propia cuenta.[25]

Cualesquiera que fueran los méritos del argumento de McCoy, Díaz asintió rápidamente a la propuesta, aunque fuera para evitar que los estadounidenses tomaran arbitrariamente el control completo del país —como estaban claramente preparados a hacer.[26] Un miembro del personal de McCoy redactó la proclama, y, luego de un regateo menor, Díaz promulgó la ley el 21 de marzo de 1928.[27]

El decreto otorgaba la autoridad para supervisar todos los aspectos de las elecciones de 1928 a una Junta Electoral Nacional. Reconocía a

McCoy como presidente de la Junta y a los Doctores Ramón Castillo y Enoc Aguado, representantes de cada uno de los dos partidos mayoritarios, como miembros. En la práctica, sin embargo, los nicaragüenses desempeñaban un papel mayormente decorativo. La Junta no podía reunirse sin la presencia del presidente o su sustituto norteamericano. Ningún acto de la Junta era válido sin el consentimiento del presidente de la misma. En caso de emergencia —la cual podía ser declarada por el presidente de la Junta— él podía actual solo para tomar cualesquiera acciones que considerara "indispensable para la realización de una elección libre y justa." El decreto también le dio a McCoy autoridad sobre la Guardia Nacional.[28]

En palabras del Washington Herald, habiendo "sido erigido el Mussolini de Nicaragua," McCoy por fin poseía la autoridad para seguir adelante con el negocio en cuestión.[29] El problema que demandaba atención por encima de todos era Sandino. Para la primavera de 1928 el líder rebelde había alcanzado estatura internacional, con un seguimiento especialmente cálido entre los críticos internos de la política estadounidense. El apoyo a Sandino alcanzaba incluso el piso del Senado de Estados Unidos donde Burton K. Wheeler, de Montana, aplaudía la lucha de los nicaragüenses por "los mismos principios de libertad y gobierno libre por los cuales nuestros antepasados lucharon en 1776."[30] La admiración por Sandino crecía mientras más se burlaba él de las afirmaciones militares de que su derrota era inminente.

Miembros de la misión electoral en Nicaragua no compartían tal admiración. De acuerdo al Capitán Mathew B. Ridgway, uno de los subordinados de confianza de McCoy, la exposición al radicalismo mexicano había infectado a Sandino con "el bolchevismo que apunta a la hermandad de todos los hombres y al control de los trabajadores actuales." Habiendo absorbido un "fanatismo que quiere cambiar el mundo en un día destruyendo todo lo que se le opone" el líder guerrillero había retornado a casa "deseoso de aprovechar la oportunidad de establecer el bolchevismo en Nicaragua." Sin embargo, como el mismo McCoy enfatizaba, no era sólo su ideología lo que hacía de Sandino el objeto de tal preocupación, sino su surgimiento "en toda América Latina y en EE.UU. como símbolo de la oposición a la política de Estados Unidos, una figura útil para quienes desean atacarnos." Para aquellos que critican la dominación americana en el caribe, Sandino era el arquetipo subversivo del "patriota que lucha por su tierra nativa contra los Estados Unidos que desempeñaban el papel del opresor."[31]

El 3 de marzo, Kellogg había ya solicitado la evaluación personal de

McCoy sobre la situación militar en Nicaragua. El Secretario de Estado expresó el temor de que la insurgencia pudiera continuar "indefinidamente" con un continuo sacrificio de vidas estadounidenses y sin resultados concretos. Los reportes optimistas regularmente producidos por el Departamento de Marina no le satisfacían más de lo que satisfacían a los críticos de la administración. "La gente no puede entender por qué el trabajo no puede hacerse," se quejaba, "y, francamente, yo mismo no puedo entenderlo."[32]

Por algún tiempo McCoy había compartido la preocupación de Kellogg sobre la falta de progreso contra Sandino. Pero era igualmente sensitivo a la "extrema delicadeza" de su posición "en cuanto a medidas estrictamente militares" —una forma política de decir que los marines resentirían una interferencia crítica de extraños en sus propios asuntos.[33] Aunque era conocedor de la necesidad de vigorizar el declinante esfuerzo militar norteamericano, McCoy había esperado una oportunidad adecuada —como la que la pregunta de Kellogg había proveído convenientemente. No fue sorpresa que, antes de 48 horas, enviara por cable una larga y detallada respuesta.

En general, McCoy reportó, el panorama militar era lúgubre. Éxitos recientes habían exaltado de tal manera el prestigio de Sandino que amenazaba con "avergonzar grandemente nuestro programa electoral." Sin embargo, el problema sandinista, admitía McCoy, presenta "dificultades más que ordinarias." Las ventajas de las que Sandino disfrutaba no debían ser subestimadas: movilidad superior, conocimiento del terreno y lenguaje locales, innegable apoyo popular, y la habilidad de luchar "la mayor parte del tiempo en lugares y momentos de su elección." No obstante, McCoy encontró severas deficiencias en el desempeño de los marines, particularmente su incapacidad de obtener y utilizar inteligencia exacta y su "fracaso en mantener contacto continuo con las fuerzas de Sandino una vez localizadas." La raíz del problema, según McCoy, era el liderazgo, especialmente el desempeño mediocre del comandante de los marines, Brigadier General Logan Felland.[34]

En las semanas siguientes al envío de este reporte, McCoy comenzó a involucrarse más directamente con las operaciones de los marines. Las conferencias semanales de oficiales superiores, sobre las cuales él presidía en la Legación Norteamericana, se hicieron cada vez más agrias al abordarse el tema militar. De acuerdo al Contraalmirante David F. Sellers, el superior inmediato de Feland en su papel de Comandante del Escuadrón de Servicio Especial en Altamar, McCoy "exasperaba" al comandante de los marines con sus "inquisitivas preguntas" sobre qué "estaban haciendo o pensaban hacer" los marines en relación a Sandino. El mismo Sellers, resintiendo ya que un

mero general de una estrella fuera su superior temporal, se quejó ruidosamente cuando McCoy designó a su segundo en comando, coronel Frank Le jau Parker, con la misión de investigar las operaciones de los marines para el Departamento de Estado. Que un coronel del ejército debiera reportar sobre el comando de un contraalmirante de la armada era casi insoportable.35

Sin embargo, tan gentiles esfuerzos para motivar a Feland y Sellers no parecieron surtir efecto. En una carta de abril dirigida a Stimson, McCoy se quejó de que “Sandino todavía se mueve como un mosquito” y de que “pareciera que solamente lograremos capturarlo con un golpe de suerte”. En aparente exasperación, McCoy protagonizo un incómodo incidente en un encuentro en la Legación Estadounidense el 18 de abril. “¿Dónde está Sandino?” le reclamo McCoy a Feland. “No sabe. Sus servicios de inteligencia son un fracaso y estamos en el mismo lugar donde estábamos hace 6 meses”. Acusó a Feland de haber perdido contacto personal con la situación al permanecer en su cuartel en Managua y no desplazarse al campo de operaciones. Finalmente, lanzó un ultimátum. “Soy el Representante Especial del presidente” le recordó al comandante de los marines. “Si no logra capturar a Sandino de aquí a un mes… habrá fallado y así lo reportare al Departamento de Estado.”36

Las repercusiones de este encuentro, que fue reportado por Sellers al Jefe de Operaciones Navales, no contribuyeron a mejorar la reputación de McCoy en el Departamento de la Marina. Pero, Independientemente de si los esfuerzos de McCoy para intimidar a Feland tuvieron algún beneficio más allá de cimentar la primacía de su propia autoridad, el esfuerzo bélico norteamericano mejoró a partir de entonces. McCoy pidió, y recibió, un contingente de 1000 marines más a mediados de marzo, e igual número de tropas en junio. El liderazgo militar norteamericano comenzó entonces a usar este mayor número de tropas para incrementar la presión sobre Sandino, lo cual lo obligo a refugiarse fuera de Nicaragua.37

Cuando unidades de reconocimiento aéreo que volaban sobre Honduras localizaron una concentración de sandinistas, aparentemente seguros de que su ubicación los ponía fuera del alcance de las tropas estadounidenses, McCoy le pidió al embajador norteamericano en Tegucigalpa, George T Summerlin, que gestionara el permiso para que tropas norteamericanas pudiera atacarlos desde territorio nicaragüense. Summerlin, sin embargo, no se veía interesado en cabildear a favor de tal acción, ya que “parecía no entender que esta era nuestra guerra en Nicaragua y que atrapar a Sandino era de suma importancia”, McCoy envió a Munro para reunirse con el liderazgo político hondureño. Munro convenció rápidamente al

presidente de Honduras Miguel Paz Barahona de que permitiese a las fuerzas norteamericanas basadas en Nicaragua perseguir a Sandino en territorio hondureño y atacar sus fuerzas desde el aire, “con el entendimiento que la operación se mantendría en absoluto secreto.” Ni siquiera el canciller hondureño fue informado del asunto.[38] La capacidad de los marines para ignorar la frontera entre los dos países sin duda le dificultó a Sandino mantener una base de operaciones segura desde la cual lanzar ataques hacia las fuerzas de ocupación estadounidenses en Nicaragua.

McCoy complementó la revitalizada campaña contra Sandino acelerando la formación de la Guardia Nacional. El Departamento de Estado ya le había indicado a McCoy que la Guardia era “el componente más importante del programa (norteamericano)” ya que se convertiría en “el fundamento de la estabilidad para todo el país mucho tiempo después de pasadas las elecciones…”[39] Durante el período de la misión electoral, la Guardia se triplicó en tamaño y bajo la tutela de asesores del USMC logró notables avances en su entrenamiento y efectividad. A pesar de que McCoy le dio a Feland “control operativo” sobre los elementos desplegados en operaciones de combate en el campo, no cedió su responsabilidad central en el proceso de formación de la Guardia. A través de su Jefe Director, el General de Brigada Elias E. Beadle, monitoreaba diariamente sus actividades y progreso. Mientras Feland veía a la Guardia como una fuerza militar convencional cuyo papel sería “asumir una mayor y más activa parte en la campaña contra Sandino,” McCoy la veía como una fuerza constabularia “limitada a preservar el orden y hacer cumplir la ley”. En la realidad, la Guardia carecía de la competencia que la convirtiese en algo más que una fuerza auxiliar en la lucha contra Sandino. Por otro lado, McCoy, pensando de antemano en las futuras elecciones, quería sustituir a la policía local, la cual “era usada como un instrumento de opresión, fuente de corrupción y causa reiterada de desórdenes” con una policía nacional libre de corrupción. Mientras tanto, y para minimizar lo invasivo de su presencia, los marines “evitarían ejercer funciones de policía civil hasta donde fuese posible…”. En conclusión, McCoy creía que, “para garantizar el éxito de las elecciones, era mucho más importante que la Guardia vigilara las ciudades, pueblos y distritos donde se darían las votaciones, para dejarle a los marines la tarea de contener a Sandino.”[40] Beadle coincidió con McCoy y, durante el resto de la misión electoral, la Guardia se plegó a las orientaciones que ellos, y no Feland, consideraron apropiadas.

Las mejoras en capacidades policíacas y militares inducidas por McCoy dieron frutos. A lo largo del verano de 1928, más de 1.600

guerrilleros sandinistas se rindieron ante los marines y la Guardia. Al llegar al otoño, el nivel de actividad sandinista y las bajas entre marines y guardias se redujeron dramáticamente. A finales de octubre, McCoy llegaría a jactarse de que Sandino había sido efectivamente "eliminado como factor en la elección."[41] No obstante, y para irritación personal de McCoy, Sandino mismo seguía evadiendo su captura.

Confiado en que la amenaza de Sandino iba en declive, McCoy regresó a Washington en mayo para consultas con sus superiores. Más concretamente, los objetivos de su visita serian dos: Por un lado, refutar los argumentos de los que se oponían a la intervención y dudaban del éxito de la misión de McCoy. En la capital, McCoy organizó una serie de reuniones informativas con funcionarios de los departamentos de Estado, Guerra y Marina, periodistas, congresistas y prominentes hombres de negocio.[42] En realidad, dicho proselitismo era parte de una ofensiva de relaciones públicas. Para la administración, fomentar apoyo para la misión electoral ante el Congreso y especialmente la prensa, no era tarea simple. Tiempo después McCoy recordaba que, al mandarlo a Managua, Calvin Coolidge le había sido "muy claro en ordenarme cambiar la opinión pública" sobre el tema de Nicaragua. En un comienzo, Stimson le sugirió que para cambiar la opinión de los críticos de la administración Coolidge, debería "usar la luz de la publicidad como antiséptico contra los rumores a puerta cerrada" sobre la intervención estadounidense. Stimson incluso le sugirió que invitara a representantes de la Conferencia Panamericana, en ese momento reunidos en La Habana, para que llegasen como observadores de las elecciones. Al final, McCoy rechazó la propuesta argumentando que los extranjeros serian "receptivos a la propaganda antinorteamericana". Su mera presencia "complicaría seriamente nuestra supervisión."[43]

A McCoy le interesaba más mejorar la imagen que se proyectaba en EE.UU. de la misión norteamericana en Nicaragua, que procurar el escrutinio extranjero de la elección. Sus intenciones eran administrar cuidadosamente el tipo de información producida para consumo público. Como primer paso hacia ese objetivo, incorporó a su personal a Walter Wilgus, un viejo amigo y ex editor del Manila Times, como asesor de relaciones públicas de tiempo completo. Además, se dedicó a procurar el apoyo de líderes de opinión clave, bombardeando a una larga lista de norteamericanos prominentes con explicaciones meticulosamente preparadas de lo que hacía la misión y por qué lo hacía. Los blancos de dicha campaña incluían figuras tan diversas como Walter Lippman, Frank Knox, Felix Frankfurter, William Howard

Taft y el presidente de la Standard Oil de Nueva York. La halagadora atención dirigida hacia estas figuras, muchas de ellas conocidas de McCoy, resultó ser sorpresivamente efectiva. “Recibí con gran beneplácito la noticia de que tu estarías a cargo del honor y buen juicio de los Estados Unidos en Nicaragua” le escribió Frankfurter en respuesta y añadió que “se vería muy natural que quedaras de sucesor de Stimson en dicha tarea”. Por su parte el viejo progresista Newton D. Baker le respondió: “No sé dónde comienza o termina la responsabilidad del hombre blanco ni tengo tampoco una clara convicción sobre si tenemos un destino manifiesto en la elección que supervisas… pero todas estas interrogantes son secundarias porque tu estas ahí.”[44] Si los infantes de marina hubieran continuado sufriendo grandes bajas, estrategias de relaciones públicas como estas no hubieran tenido el éxito deseado. Sin embargo, combinadas con una mejoría en las operaciones militares estas permitieron contrarrestar mucha de la atención negativa que generaba el tema de Nicaragua a través de todo 1927. Para el otoño de 1928, el éxito era casi total: Los estadounidenses habían perdido interés en la política nicaragüense- una situación sumamente positiva para un Partido Republicano que se preparaba para su próxima elección.

El segundo propósito de la visita de McCoy a Washington a mediados de 1928 era discutir los pasos a seguir tras la elección nicaragüense para asegurar que el país continuara en su alineamiento pronorteamericano. McCoy mismo había ya advertido que los Estados Unidos “debería evitar caer en el falso optimismo de que elecciones libres serian la panacea para todos los problemas de Nicaragua”. Más bien, dijo, “la elección misma es sólo un detalle del problema general del país.” McCoy continuó presentando un ambicioso programa de desarrollo interno parecido a los esquemas de reformas planteados por los procónsules norteamericanos en Las Filipinas y Cuba en años anteriores. Para lograr crear una “Nicaragua estable y progresista” había que “preservar el orden, desarrollar las comunicaciones… eliminar la corrupción endémica a nivel gubernamental, mejorar las condiciones de salud y extender y modernizar las escuelas.”[45]

Implementar dicho paquete de reformas obviamente requeriría ayuda y recursos externos, norteamericanos para ser exactos. Para McCoy y otros funcionarios norteamericanos en Nicaragua ya existía un mecanismo para ayudar a definir y gestionar dichos recursos; El Plan Cumberland. Este era un estudio sobre Nicaragua patrocinado por el Departamento de Estado, cuyos alcances generales correspondían a estudios similares ya implementados en otros países bajo el dominio norteamericano en el Caribe. A cambio de un considerable préstamo, una comisión controlada por norteamericanos dirigiría áreas clave de

la economía nicaragüense —aduanas, política monetaria, gastos gubernamentales— con la esperanza de crear un nuevo clima de expansión, generando un orden político como subproducto.

Durante su visita a Washington, McCoy insistió en la necesidad de dicha iniciativa ante Kellogg y “los terribles banqueros de Wall Street que estrangulaban a la pobre Nicaragua.” El Secretario de Estado, no obstante, temía que la propuesta se convirtiera en una “poderosa arma” que usarían aquellos que acusaban a los norteamericanos de “aprovecharse de la supuesta ocupación militar de Nicaragua para imponerle una dominación económica permanente.” Cuando se rehusó a vincular al gobierno norteamericano directamente con los préstamos, Wall Street cesó su análisis de la propuesta. El fin del Plan Cumberland, a pesar de la importancia que le atribuía McCoy, indicaba que Kellogg quería evitar a toda costa extender el involucramiento norteamericano en Nicaragua más allá de la misión electoral. La timidez de Kellogg, que contrastaba marcadamente con su impetuosidad previa, frustró a McCoy, quien se percibía a si mismo encargado de crear un nuevo orden en Nicaragua mientras se le negaban los recursos necesarios para lograrlo.[46]

Aunque decepcionado por la falta de entusiasmo hacia su estrategia para el desarrollo de Nicaragua, McCoy no podía perder tiempo lamentando su fracaso. En Managua le esperaban más problemas de índole político. Unas elecciones que tuviesen el tipo de resultado esperado por los Estados Unidos requerían, en principio, dos candidatos “aceptables”. El candidato nominado por los Liberales era ya conocido por todos. El complaciente General Moncada había recibido la nominación de su partido aún antes de la promulgación de “La Ley McCoy”. No obstante, encontrar un candidato igualmente aceptable para la formula Conservadora era una tarea más difícil. Chamorro todavía no se daba por excluido.

Como indicaba Munro, Chamorro era todavía el “verdadero líder” de los Conservadores y ejercía “control total de la maquinaria partidaria oficial.”[47] El nicaragüense no ocultaba sus intenciones de ejercer dicha influencia en el proceso de nominación en aras de un candidato que fuera leal hacia él. Díaz, ahora dispuesto a desafiar a Chamorro, creía que él como presidente tenía igual derecho para designar al candidato del partido. En mayo de 1928 el proceso de nominación del candidato presidencial Conservador terminó en una convención dividida. Las dos facciones en que se dividió el partido celebraron sesiones por separado y cada una de ellas eligió diferentes fórmulas presidenciales. Cada una de las facciones solicitó a la Junta Nacional Electoral que la reconociera como representante legítima del Partido Conservador.

Mientras esto sucedía, otras facciones políticas que no se identificaban con ninguno de los dos partidos tradicionales, comenzaron a integrarse y declararon que en unas elecciones libres y justas lograrían obtener una casilla electoral para las elecciones de noviembre. Estos nuevos partidos, llamados Partido Liberal-Republicano y Conservador-Republicano, nacidos de la fragmentación política, más los dos grupos en que se dividió el Partido Conservador, incrementaban la posibilidad de que ningún candidato lograr la mayoría absoluta del voto, lo que llevaría la elección a dirimirse en el Congreso de Nicaragua y fuera del control de McCoy. Era necesario, entonces, que la Junta Nacional Electoral eliminara la repentina aglomeración de candidatos de partidos políticos nicaragüenses. Tiempo después McCoy admitiría que en efecto "evitó reconocer terceros partidos." De hecho, su proceder fue aún más directo. Ignorando los estatutos nicaragüenses que validaban la existencia de estas dos nuevas facciones, McCoy negó su viabilidad tajantemente declarando en cada instancia que estos no constituían "partidos genuinos."[48] No habría nuevos partidos en las elecciones de 1928.

El problema nacido de la división del Partido Conservador era más difícil de resolver. Claramente era necesario reconocer a ciertos representantes de los Conservadores para evitar la farsa de una elección no competitiva. Desafortunadamente, escoger entre los dos candidatos Conservadores basándose en las credenciales que cada uno lograse procurar sería una opción poco atractiva. Una decisión hecha en estricto apego a "la determinación técnica y legal del asunto", le dijo Parker a McCoy, obligaría a la junta a fallar a favor de la facción cuyo "líder de facto" había manifestado su intención de obstruir el plan electoral", en otras palabras, Chamorro. Tal desaire al presidente Díaz "podría resultar en el cese de su ayuda financiera, cooperación e incluso su renuncia." Por otro lado, ignorar a los chamorristas expondría los reclamos de imparcialidad (norte)americanos como hipócritas.[49]

Si bien McCoy expresó que no tenía intención alguna de actuar "como árbitro privado" para resolver el conflicto entre los conservadores, tampoco tenía intenciones de permanecer de brazos cruzados. El 23 de Julio, McCoy dio inicio a una sesión de la Junta leyendo un borrador de resolución que "le daba (al) Partido Conservador hasta (sic) el 25 de Julio a medio día para que resolviera su diferendo." Más allá de esa fecha tope, la Junta no aceptaría la solicitud de inscripción de candidatos adicionales. En otras palabras, si no eran capaces de presentar una sola fórmula electoral, el Partido Conservador quedaría excluido de las elecciones por completo. El Dr. Castillo, el integrante Conservador de la Junta, manifestó su oposición a esta propuesta de la

manera más enérgica. Si esta medida se consumaba "llevaría a la liquidación (del) Partido Conservador y a su propia renuncia." Chamorro, insistió, era el único obstáculo a la unidad partidaria. "Si no hubiese sido por él, ya hubiéramos llegado a un acuerdo." Para darle al Partido Conservador una última oportunidad de resolver su disputa interna, McCoy pospuso temporalmente su resolución y le entregó una copia a Castillo para Chamorro con la finalidad de "hacerle ver qué pasaría si no se tomaban acciones lo más pronto posible para unificar al partido."[50]

Armado con este ultimátum, Castillo logró rápidamente hacer que su partido entrara en razón. McCoy, les advirtió, estaba preparado para declarar que "el histórico Partido Conservador había cesado de existir." Ante el peligro de la extinción política y sin valor para descubrir si la amenaza de McCoy era verdadera o no, el liderazgo del partido capituló. Ambas facciones abandonaron su candidato y el 27 de julio nominaron una figura de consenso, Adolfo Benard, aceptable no solo para Chamorro y Díaz sino también para los Estados Unidos. McCoy había "obligado al Partido Conservador a unificarse," reportó el New York Times.[51] Dicha apreciación era correcta. Su estratagema había logrado la participación del partido en las elecciones y evitado los riesgos que conllevaban reconocer a Chamorro o desairar a Díaz.

Para agosto de 1928, McCoy finalmente logró dedicar su plena atención a los detalles del padrón electoral y el proceso mismo de balotaje. En aras de asegurar el orden y reducir irregularidades en el proceso, McCoy planeaba saturar la maquinaria electoral nicaragüense con norteamericanos. Cada uno de los 13 departamentos del país tendría su propia junta electoral, dirigida, con apenas una excepción, por oficiales del ejército norteamericano. Cada departamento tendría juntas distritales, una por cada uno de los 352 recintos, suficientes —expresó McCoy— para que "ningún nativo adulto tenga que ir demasiado lejos para votar."[52] Estas también estarían a cargo de personal militar norteamericano, específicamente infantes de marina conscriptos.

El registro de votantes, programado para los 5 últimos días de septiembre y comienzos de octubre, fue la primera gran prueba del sistema diseñado por los norteamericanos. Los resultados fueron halagadores. Solamente se reportaron 2 incidentes de violencia en un proceso que fue mayoritariamente pacífico. En total, se registraron 150,000 nicaragüenses, un 25% más que los reportados en los resultados de 1924. El incremento convenció a algunos observadores de que muchos de los potenciales votantes habrían logrado inscribirse más de una vez. McCoy defendió las cifras y las justificó alegando que el incremento en el registro de votantes se debía al éxito de los

esfuerzos de la Guardia y los marines “para proteger a los ciudadanos de la intimidación de sus adversarios políticos.”[53]

Las elecciones del 4 de noviembre se desarrollaron aún con mayor calma. Similarmente al proceso de registro previo, unidades terrestres y aéreas de marines reforzadas con “patrullas fantasmas” de la Guardia Nacional lograron impedir cualquier intromisión de Sandino. Para combatir acusaciones de votación múltiple McCoy inventó un mecanismo por el que, antes de depositar su voto, cada individuo mancharía su dedo pulgar con mercurocromo. Dicho método fue lo suficientemente novedoso como para atraer una cobertura editorial positiva, a manera de réditos adicionales al proceso electoral. El temor de que surgiesen brotes de violencia generalizados el día de las elecciones tampoco se materializó. McCoy, obviamente satisfecho con lo sucedido, le informo a Kellogg que “el único incidente a lamentar fue la muerte de un novillo que salió de estampida y fue ultimado por un marine” —un incidente que terminó en algo tan poco preocupante como una barbacoa improvisada.[54]

La amplia participación del 88 por ciento de los registrados en el padrón electoral resultó en la inequívoca victoria del Partido Liberal. Más importante aún, fue la voluntad expresada de los Conservadores derrotados de acatar el resultado de la elección. Un vocero de dicho partido declaró la elección “justa y honorable,” y lacónicamente explicó los resultados de ésta diciendo sencillamente “nuestro partido perdió”. De hecho, tan satisfechos expresaron estar ambos partidos con la supervisión de la campaña que, aun antes del día de la elección, Moncada y Benard pidieron públicamente a los norteamericanos que supervisaran futuras elecciones presidenciales.[55]

A juicio de la mayoría de observadores, la misión había sido un éxito impresionante. Con algunas excepciones las evaluaciones posteriores en la prensa alabaron la supervisión de EE.UU. y destacaron el papel que había jugado McCoy. Pero aún en medio de los elogios —El Consejo Municipal de Managua consideró una resolución para erigir una estatua de McCoy en la plaza de la ciudad— comenzaron a surgir preguntas.[56] La premisa declarada de la estrategia norteamericana había sido que la supervisión de elecciones “honestas” y la restauración del orden interno crearían las condiciones que permitirían a Estados Unidos salir del país. Aunque McCoy había cumplido en materia electoral y había restaurado el orden, reconocía que había pocos cambios sustanciales. “Esta elección es un paso en la dirección correcta” le dijo a Henry Cabot Lodge Jr., “pero…no es el primero ni el último.” “Hasta que no… logremos cambios permanentes que establezcan la paz y el orden,” añadió, “no habremos terminado nuestra obra.”[57] Sin embargo, cualquier esfuerzo serio por abordar los

problemas fundamentales que aquejaban a Nicaragua (y que tangencialmente generaban dudas sobre la efectividad del poderío norteamericano) requerirían de una presencia prolongada del tipo que a McCoy se le había ordenado evitar. No era de sorprender, entonces, que los superiores de McCoy tuvieran poco interés en su propuesta de un compromiso norteamericano prolongado con el desarrollo de Nicaragua. Se rehusaban a ver Nicaragua como otra Cuba y a McCoy en el papel de Leonard Wood. De igual manera, rechazaron la solución haitiana: los planes financieros del Plan Cumberland nunca generaron más que un apoyo tibio en Washington.

Aun así, McCoy estaba consciente de que sus logros eran esencialmente cosméticos y de que poco se había avanzado en cumplir los objetivos fundamentales de su misión. Lo que más le molestaba era saber que, a pesar de haber reducido el ámbito operativo del movimiento sandinista, sus esfuerzos para capturar a Sandino y decapitar la insurgencia habían fallado. "Hablando en términos precisos" admitiría McCoy tras las elecciones, "Estados Unidos ha honrado sus compromisos (bajo los Acuerdos de Tipitapa)." Pero el segundo requerimiento implícito —"la eliminación de Sandino y otros líderes bandoleros"— era fundamental para cualquier paz estable" en Nicaragua.[58] Era obvio que dicho compromiso no se había cumplido.

En un acalorado encuentro con Feland y Sellers, McCoy no pudo evitar expresar vívidamente su obsesión con Sandino. Poco después de la elección, los comandantes de la fuerza naval e infantería de marina redactaron una comunicación al Departamento de La Marina recomendando una reducción inmediata las fuerzas norteamericanas en Nicaragua. Dado el aparente éxito del proceso electoral recién completado, la moción parecía lógica. Pero la propuesta encolerizó a McCoy. Tras leer el comunicado, "lo tiro en la mesa y declaro tajantemente que no estaba en lo absoluto de acuerdo con la medida." Sellers indico que, a continuación, McCoy "se lanzó a una diatriba." En su opinión, la medida de reducción de fuerzas propuesta evidenciaba una vez más que "la Armada y los Marines no entendían aun a cabalidad la situación en Nicaragua." McCoy "personalmente nunca dudó de su capacidad para supervisar un proceso electoral." Pero "el principal problema", dijo, era lograr "la captura de Sandino, quien había exitosamente desafiado la autoridad de Estados Unidos." De hecho, "hasta que Sandino… no fuese capturado, aniquilado o desterrado del país los marines habrían fallado notablemente en su misión." La inactividad de Sandino en los últimos meses no era suficiente. "Todas las fuerzas armadas de los Estados Unidos en Nicaragua han sido organizadas en una fuerza expedicionaria con el expreso objetivo de atrapar a Sandino." El solo hecho de sobrevivir a

semejante embate inspiró elogios en toda América Latina.[59]

McCoy estaba convencido de que una retirada prematura de tropas pondría en riesgo el incipiente proceso de estabilización que su misión había logrado. El 14 de noviembre envió un cable a Kellogg pidiéndole que los marines permanecieran "a plena capacidad… hasta que Sandino y los principales grupos bandoleros fuesen eliminados o la Guardia lograse un suficiente nivel de desarrollo para asumir la situación." Los meses venideros, según McCoy, "serían cruciales en lo referente a nuestros amigables esfuerzos aquí". "Cualquier cambio… debería hacerse con la mayor cautela."[60] Al pedir el mantenimiento de tropas norteamericanas en Nicaragua, McCoy admitía tácitamente que su misión había sido un fracaso. Había sido incapaz de demostrar de manera convincente la inutilidad de desafiar la voluntad de los Estados Unidos.

Aun así, mientras McCoy se embarcaba rumbo a casa a mediados de diciembre de 1928, serían pocos los que reconocerían la naturaleza limitada de los logros de su misión. Analistas en los Estados Unidos, para quienes la elección de un presidente nicaragüense sin derramamientos de sangre era ya prueba de su éxito, dieron al emisario, a su retorno, una generosa recepción. El New York Times, ya pregonando su nombramiento como reemplazo de Stimson en el cargo de Gobernador General de las Filipinas, lo pronunció "libre de las características que por lo general entorpecen la labor de oficiales militares que fungen en puestos de civiles."[61] Más importante, gracias en gran manera a sus servicios en Nicaragua, McCoy fue ascendido a mayor general y se convirtió en el primer oficial norteamericano en recibir por segunda ocasión la Medalla de Distinción al Servicio.

Con todo y estos honores, es evidente, en retrospectiva, que Sandino había vencido a McCoy. Sandino se había propuesto descarrilar el plan estadounidense para la elección de 1928. Al final, debido a que el jefe insurgente permanecía en libertad, McCoy se sintió en la obligación de advertirle a la administración norteamericana que olvidara sus intenciones de desconectarse de Nicaragua tan pronto como terminara el proceso electoral. Y si bien el Departamento de Estado se mostró reacio a aceptar el tipo de compromiso militar implícito en la advertencia de McCoy en relación a Sandino, no pudo ignorarla por completo. Aunque la administración Hoover gradualmente redujo la fuerza de la brigada de marines en Nicaragua en el transcurso de 1929 no la eliminó por completo. Para enero de 1931, la guarnición norteamericana se había estabilizado en, aproximadamente, 1,400 marines. Para los Estados Unidos, este curso de acción intermedio suscitaría lo peor de ambas estrategias: una fuerza de ocupación demasiado débil para enfrentarse a un Sandino en ascenso, pero lo

suficientemente grande como para que Nicaragua siguieran constituyendo una vergüenza diplomática.[62]

Así, a pesar de sus aparentes éxitos, la misión de McCoy fue doblemente decepcionante. No pudo demostrar el poderío de la dominación norteamericana más allá de cualquier duda, ni ponerle fin a una intervención que todos aceptaban había sido un error en primer lugar. Para los Estados Unidos, el legado de la misión fue meramente prolongar un error. Para Nicaragua, las consecuencias serían trágicas: La Guardia creada por los norteamericanos se convirtió al final en un instrumento de opresión y la base del poder de la tiranía Somocista.

Notes

[←1]
Las opiniones expresadas aquí son del autor y no representan las del ejército de EEUU ni de ninguna otra agencia gubernamental.

[←2]

Federico G. Gil, *Latin American-United States Relations* (New York, 971), pp. 88-89; J. Fred Rippy, *The Caribbean Danger Zone* (New York, 1940), pp. 14-15; Mariano Rodríguez, *Central America* (Englewood Cliffs, NJ, 1965), pp. 116-17; Richard M. Abrams, "United States intervention Abroad: The First Quarter Century," *American Historical Review* 79 (febrero 1974):88.

[←3]

Standard accounts of U.S.-Nicaragua relations are Dana G. Munro, *Interventions and Dollar Diplomacy in the Caribbean*, 1900-1921 (Princeton, NJ, 1964), pp. 160-216, 388-425; Munro, *The United States and the Caribbean Republics*, 1921-1933 (Princeton, NJ, 1974), pp. 157-308; and William Kamman, *A Search for Stability: United States Diplomacy Toward Nicaragua*, 1925-1933 (Notre Dame, IN, 1968).

[←4]
New York Times, 22 de febrero 1927 (de aquí en adelante citado como *NYT*).

[←5]
Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico*, 1916-1932 (Chicago, 1972), pp. x-xi.

[←6]

"Department of State Memorandum of the Nicaraguan Situation," enero 1927, Registros del Departamento de Estado, 817.00/5854, National Archives (De aquí en adelante citados como SD, seguido del número de archivo). Para reportes de prensa sobre la ayuda de México a Sacasa, vea Literary Digest 92 (1 enero 1927): 14 y (8 de enero 1927); 5. James J. Horn, "U.S. Diplomacy and the 'Spector of bolshevism' in Mexico (1924-1927)," The Americas 32 (julio 1975): 31-45 evalúa el impacto general de los temores del departamento de Estado en sobre al radicalismo mexicano.

[←7]

Elting Morrison, *Turmoil and Tradition: A Study of the Life and Times of Henry L. Stimson* (Cambridge, MA, 1960), pp. 271-78 describe la misión de Stimson en Nicaragua.

[←8]

Charles C. Eberhardt a Frank B. Kellogg, 20 de julio 1927, Caja 211, Papeles de Henry Lewis Stimson, Biblioteca de Yale University (De aquí en adelante citados como Stimson Papers).

[←9]

Sobre la batalla de El Ocotal vea Neill Macaulay, The Sandino Affair (Chicago, 1967), pp. 62-82.

[←10]

Para ver las reacciones de la prensa, lea The Literary Digest 94 (30 de julio 1927): 5. Para una prospección de la opinión en el Congreso vea el St. Louis Post-Dispatch, 2 de agosto 1927, Scrapbook, Caja 93, Papeles de Frank Ross McCoy, Biblioteca del Congreso (De aquí en adelante citado como McCoy Papers).

[←11]

Donald R. McCoy, Calvin Coolidge: The Quiet President (New York, 1967), p. 383.

[←12]
“How to Get Out of Nicaragua,” The New Republic 53 (18 de enero 1928):234 valora la opinión editorial europea.

[←13]

NYT, 22 de enero 1928.

[←14]
NYT, 9 de agosto 1927.

[←15]
Kellogg a McCoy, 26 de junio 1927, Caja 20, McCoy Papers.

[←16]

McCoy a su familia, 27 de septiembre, 1927, Caja 8, McCoy Papers; McCoy a Kellogg, 12 de septiembre de 1927, SD 817.00/5028.

[←17]
McCoy to Sherwood Cheney, 4 de abril 1928, Caja 21, McCoy Papers.

[←18]
Kellogg a Munro, 17 de enero 1928, SD 817.00/5276; ***NYT***, 17 de enero de 1928.

[←19]
Munro to Kellogg, 4 de octubre de 1927, SD 817.00/5054

[←20]
McCoy a Munro [n.d.], Caja 79, McCoy Papers.

[←21]

McCoy a Kellogg, 3 de abril 1928, Caja 50, McCoy Papers; McCoy a su familia, 29 de enero 1928, Caja 8, McCoy Papers; McCoy a Kellogg, 2 de febrero 1928, SD 817.00/5361.

[←22]

Carta en borrador, McCoy a Kellogg, 15 de febrero 1928, Caja 8, Papeles de Frank Le Jau Parker, Biblioteca del Congreso (citado de aquí en adelante como Parker Papers).

[←23]
NYT, 13 de marzo 1928.

[←24]

Munro a Francis White, 18 de febrero 1928, Caja 14, Papeles de Francis White, National Archives (de aquí en adelante citado como White Papers); memorándum titulado “Nicaragua,” 2 de marzo 1928, SD 817.00/5444½.

[←25]

NYT, 14 de marzo 1928; “Deputies—14 de marzo 1928,” Box 1990, Registro de Conferencias Internacionales, Comisiones, Comités y Consejos, Grupo de Registros 43, National Archives (De aquí en adelante citado como RG 43). Preparado por un estenógrafo de la Guardia Nacional, el memo describe sucesos en la Cámara de Diputados. Memorandum, “Legalidad versus Necesidad” [n.d.], Caja 80, McCoy Papers; McCoy y Eberhardt a Kellogg, 14 de marzo 1928, Caja 80, McCoy Papers.

[←26]

El 26 de marzo 1928 McCoy le escribió a William Howard Taft: “Por un momento pareció que el gobierno seguiría el ejemplo del presidente Palma y me echaría la responsabilidad a mí, hubo un momento en que extraje de Foreign Relations de 1906 la copia de su proclamación que inauguró el gobierno provisional.”, Caja 22, McCoy Papers.

[←27]

Walter B. Howe, “Development of the Presidential Decree of March 21, 1928,” Caja 7, Parker Papers.

[←28]

U.S., Department of State, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1927* (Washington, 1942): 3:482-85 reproduce el decreto (de aquí en adelante citado como FRUS, seguido del año apropiado).

[←29]
Washington Herald, 1 de abril 1928, Álbum de recortes, Caja 93, McCoy Papers.

[←30]

U.S., Congress, Senate, Congresional Record, 70th Cong. 1st sess., 1928,6523; ver también la serie de artículos por Carlton Beals en The Nation (febrero-abril 1928). De acuerdo a Beals, “si Sandino tuviera armas podría levantar un ejército de 10 mil hombres simplemente tronando sus dedos; ... Si marchara hacia Managua mañana, recibiría la ovación más grande de la historia de Nicaragua,” “¡Este es un caballero de guerra!” The Nation 126 (11 de abril 1928):406.

[←31]
“Memo sobre Sandino” [n.d.], Caja 1953, RG 43; memorandum [n.d], Caja 79, McCoy Papers.

[←32]
Kellogg a McCoy, 3 de marzo 1928, Caja 79, McCoy Papers.

[←33]
McCoy a Kellogg, 5 de marzo 1928, SD 817.00/5450. El Contraalmirante David F. Sellers reportó al Jefe de Operaciones Navales que había un “profundo sentimiento de resentimiento” entre los marines ante el nombramiento de un oficial del ejército para el tipo de misiones “que han sido realizadas siempre en el pasado por la Armada o el Cuerpo de Marines.” Sellers al Almirante Charles F Hughes, 6 de abril 1928, Caja 3, Papeles de David Foote Sellers, Biblioteca del Congreso (De aquí en adelante citado como Sellers Papers).

[←34]
McCoy a Kellogg, 5 de marzo 1928, SD 817.00/5450.

[←35]

Sellers a Hughes, 6 de abril 1928, Caja 3, Sellers Papers. Más tarde Sellers comentó: "Por qué se pensó que era necesario conferir un rango tal al General McCoy que lo hiciera temporalmente superior al Comandante de Escuadrón mientras estuviera en Nicaragua, bajando así el prestigio de la armada, nunca ha quedado claro o entendido…" Pero, dado que "controversias sobre rango y precedencia… generalmente marcan a quienes las escenifican como capciosos o de pequeño calibre mental," el almirante había permanecido reluctante a quejarse muy ruidosamente. Sellers a Munro, 4 de enero 1929, Caja 3, Sellers Papers.

[←36]
McCoy a Stimson, 16 de abril 1928, Caja 99, Stimson Papers; Felland a Sellers, 19 de abril 1928, Caja 6, Sellers Papers.

[←37]

NYT, 1 de marzo 1928 y 15 de junio 1928; McCoy a Kellogg, 2 de agosto 1928, Caja 79, McCoy Papers.

[←38]

Eberhardt a Kellogg, 20 de julio 1928, SD 817.00/5845; Munro a White, 28 de junio 1928, Caja 14, White Papers; Summerlin a Kellogg, 21 de julio 1928, SD 814.00/5848.

[←39]
Robert E. Olds a McCoy, 13 de abril 1928, Caja 4, White Papers.

[←40]

Richard Millet, Guardians of the Dinasty (Maryknoll, NY, 1977), P. 71; Feland a Sellers, 22 de marzo 1928, Caja 3 Sellers Papers; Eberhardt a White, 31 de enero 1929, Caja 11, White Papers; “Executive Memorandum No. 22 of the American Electoral Mission in Nicaragua,” 22 de noviembre 1928, Caja 79, McCoy Papers; McCoy to Elias R. Beadle, 30 de agosto 1928, Caja 6, Archivo 1, Registros de las Unidades de Marina en Nicaragua, Federal Records Center, Suitland, MD.

[←41]
Macaulay, Sandino Affair, p. 128; *NYT*, 31 de octubre 1928.

[←42]

McCoy reportó que un atardecer, luego de la cena, se convirtió en “el blanco principal… en un simposio sobre Nicaragua, siendo interrogado con interés por el Senador Hiram Johnson y Walsh de Montana. Frances [su esposa] pensó que fui demasiado suave y poco beligerante. Lo hice así intencionalmente, sin embargo, y Uds. estarán satisfechos de que no levanté mi voz.” McCoy a su familia, 7 de junio 1928, Caja 8, McCoy Papers.

[←43]

McCoy a Blanton Winship, 28 de febrero 1937, Caja 60, McCoy Papers; Stimson to White, 23 de septiembre 1927, SD 817.00/5043½; McCoy a Stimson, 14 de agosto 1927, Caja 95, Stimson Papers.

[←44]

Ver Cajas 21 y 22, McCoy Papers, esp. Felix Franckfurter a McCoy, 11 de octubre 1928 y Newton D. Baker a McCoy, 7 de noviembre 1928, Caja 21.

[←45]

"Summary of Events and Policy from Stimson Agreements to Date" [n.d.], Caja 79, McCoy Papers.

[←46]

Kellogg a McCoy y Eberhardt, 19 de abril 1928, 3:534; McCoy a su familia, 5 de julio1928, Caja 8, McCoy Papers; Munro, The United States and the Caribbean Republics, p. 249.

[←47]
Munro a McCoy, 17 de mayo 1928, Caja 21, McCoy Papers.

[←48]

McCoy al Capitán Alfred W. Johnson, USN, 13 de junio 1930, Caja 25. McCoy Papers; Ver también el borrador del cable, Parker a McCoy, 22 de mayo 1928, Caja 8, Parker Papers.

[←49]
Borrador de cable, Parker a McCoy, 22 de mayo 1928, Caja 8, Parker Papers.

[←50]

Eberhardt a Kellogg, 27 de junio 1928, SD 817.00/5782; *NYT,* 8 de julio 1928. "Notas sobre la Sesión del 23 de julio," Caja 1977, RG 43. Estas son las minutas manuscritas de las actividades de la Junta Electoral tomadas por su secretario, el Mayor Cary I. Crockett, USA.

[←51]
Eberhardt a Kellogg, 27 de julio 1928, SD 817.00/5913; *NYT*, 8 de septiembre 1928.

[←52]
McCoy a su familia, 16 de septiembre 1928, Caja 8, McCoy Papers.

[←53]

NYT, 13 de octubre 1928.

[←54]

NYT, 5 de noviembre 1928.

[←55]

NYT, 10 de noviembre 1928; Munro, *United States and the Caribbean Republics*, p. 254.

[←56]

The Nation, 127 (7 de noviembre 1928): 467; NYT, 18 de noviembre; New York *Herald Tribune*, 16 de noviembre 1928, Libro de Recortes, Caja 93, McCoy Papers.

[←57]
McCoy interview with Henry Cabot Lodgem Jr. [n.d.], Caja 89, McCoy Papers.

[←58]
Memorandum [n.d.], Caja 79, McCoy Papers.

[←59]
Sellers a Hughes, noviembre 1928, Caja 3, Sellers Papers.

[←60]

Borrador de cable, McCoy a Kellogg, 14 de noviembre 1928, Caja 79, McCoy Papers.

[←61]
NYT, 18 de diciembre 1928 y 7 de febrero 1929.

[←62]
Kamman, Search for Stability, pp. 186, 194-208.